

«AMIGOS EN EL SEÑOR». JALONES DE UNA HISTORIA COMPARTIDA

JOAQUÍN BARRERO DÍAZ, S.J.¹

Me han invitado a escribir unas líneas para el número monográfico de la revista *Miscelánea Comillas* dedicado a recoger la fecunda labor del P. Miguel Juárez durante tantos años de servicio a la Universidad, especialmente en el campo de las Ciencias Sociales. La petición que recibí me recalca que no se trata de glosar su labor académica o de investigación, cosa que otros harán con autoridad, sino de hacer alguna referencia desde la perspectiva de la amistad que se desprende del ya amplio tiempo que nos conocemos. Respondo a esta sugerencia con gusto.

Aunque la expresión «amigos en el Señor» la usó San Ignacio sólo en una ocasión en una de sus primeras cartas dirigida a Juan de Verdolay, antiguo conocido suyo en Barcelona, en la que dice textualmente: «*De París llegaron aquí, mediado enero, nueve amigos míos en el Señor, todos maestros en artes y asaz versados en teología...*», de hecho esta formulación ha ido ganando espacio en la Compañía y hoy tiene para los jesuitas una connotación muy honda, pues es la piedra angular que nos construye y que nos prepara para realizar la misión a la que Dios nos ha llamado. Así lo fue también para los primeros compañeros. Las deliberaciones que juntos hicieron y las decisiones que tomaron están basadas en la densidad humana y espiritual propia de un grupo que comparte períodos de intensa búsqueda y también de descanso y solaz, como se desprende de muchas menciones de la época: «... *medio para la conservación de estos compañeros fue el trato mutuo y la frecuente comunicación entre ellos... de este modo, se alimentaba y crecía entre ellos el amor en Cristo*» (Alfonso de Polanco, S.J., primer Secretario de San Ignacio).

Los casi ya cincuenta años de Compañía que pronto haremos Miguel Juárez y yo, los hemos recorrido ayudados por esta amistad, que ha estado siempre abierta a muchas otras personas de dentro y fuera de la Orden, como es propio de una relación que nos descentra de nosotros mismos para encauzarnos hacia lo que da sentido a la vocación religiosa que, por definición, es siempre altruista.

¹ Consejero General. Asistente para Europa Meridional. Compañía de Jesús. Roma.

1. AL INICIO DEL CAMINO

En efecto, coincidí con Miguel en una lejana fecha del mes de septiembre de 1967 cuando ambos, en la sala de visitas del Noviciado de Villagarcía de Campos (Valladolid), nos despedíamos de nuestras respectivas familias, para pocos minutos más tarde atravesar la puerta de la que pendía una pequeña tablilla con la indicación «*CLAUSURA*» que avisaba del inicio de la zona de la casa reservada a la comunidad jesuítica. Un corazón repleto de grandes deseos mitigaba la natural ruptura del adiós.

Caía la tarde en aquel apartado pueblo de una Castilla de horizontes sin fin. Acabábamos de entrar en la Compañía de Jesús. Dentro nos esperaba un buen grupo de novicios a los que la providencia nos había convocado para iniciar, *ligeros de equipaje*, una larga peregrinación por veredas inexploradas. Ya todos nos conocíamos pues dos meses antes nos habíamos encontrado en el Lago de Sanabria (Zamora) en unas jornadas de campamento que tenían como fin que los candidatos al noviciado conviviéramos con quienes podrían llegar a ser nuestros compañeros.

Los dos años de Noviciado (1967-69) fueron una experiencia muy particular propia de aquellos tiempos del post Vaticano II, *tiempos recios* de valiente y arriesgada renovación de la Iglesia y la Compañía. Tal Concilio había significado una primavera eclesial para una Iglesia que quería acallar los mensajes de los profetas de calamidades y mostrarse con todos «*amable, paciente, benigna, llena de bondad*». Son expresiones de Juan XXIII que hoy por fortuna resuenan de nuevo en las palabras, al mismo tiempo, sencillas y provocadoras, del Papa Francisco.

En aquella atmósfera de renovación tuvo lugar la Congregación General 31 de los jesuitas (1965-66) en la que fue elegido Superior General el P. Pedro Arrupe. Es entonces cuando la Compañía ajusta las manecillas del reloj, en expresión del profesor Giacomo Martina, en su historia de la Compañía en Italia. Un cambio significativo, pero no siempre fácil ni bien entendido. La revolución cultural que está en la raíz del mayo francés del 68 y otra serie de acontecimientos eclesiales y sociales, traen la fuerza del viento huracanado con repercusiones fuertes en la Compañía de Jesús y en todas las Congregaciones. La vida religiosa se encontraba bien insertada y segura en medio de un mundo que desaparece y vive un dramático desconcierto ante la nueva sociedad que se está alumbrando.

El primer año de nuestro Noviciado lo hicimos en Villagarcía de Campos (1967-68), lugar clásico de probación conocido en toda la Compañía por sus famosas «*Prácticas espirituales para el uso de los hermanos novicios de la Compañía de Jesús*», libro escrito por el P. Francisco Javier Idiáquez en el año 1760 y publicado en la imprenta del propio Colegio de Villagarcía. No

es que por aquellas fechas siguiésemos ya la meticulosidad normativa de antaño, pero algo o mucho del espíritu de aquellas páginas, estaba todavía presente en el aire que respirábamos. No obstante, las ventanas se comenzaban a entreabrir también en aquel magnífico edificio reconstruido completamente en 1959, hasta donde llegaban los ecos de las novedades que se iban poco a poco dibujando y que pronto cuestionarían los lugares y modos de los jesuitas en formación.

El apretado horario de cada día lo sabíamos compaginar con agradables momentos («quietes») de sonoras risas y cantos dirigidos por el compañero ya difunto, el asturiano Jovino Fernández. Éramos un grupo muy alegre y jovial. Si alguna vez osábamos trasgredir el «silencio magno» un ligero carraspeo de garganta del Maestro de Novicios, P. Faustino Boado, gallego de pro, además de hombre de Dios, nos alertaba de su presencia ya inevitablemente cercana, que pasaba fugaz por nuestro supuesto escondrijo con rostro serio pero cómplice. El trato con los superiores era sin duda reverente y de hondo respeto, pero sobre todo filial y confiado, sin atisbos de temor. La única salida semanal de aquel amurallado recinto era en la mañana del domingo para dar catecismo por los pueblos de la zona de la Tierra de Campos. Miguel, armado de una vieja bicicleta, se desplazaba a Villanueva de los Caballeros.

No fuimos artífices del «discernimiento» como ahora se estila, tampoco nadie nos pidió en modo formal nuestro parecer explícito, aunque el tema formaba parte del sano susurro propio de un lugar cerrado: en el verano de 1968 el Noviciado de la entonces Provincia jesuítica de León, se traslada de nuevo a Salamanca. A nosotros se unirán un pequeño pero relevante grupo de novicios de la Provincia de Toledo que cerraba Aranjuez. Para poder indicar el cambio que ello iba a suponer, el círculo se rompe más allá de los 360°.

Independizados del resto de la gran comunidad de Salamanca, por opción muy propia del «68», los novicios gestionábamos toda la «logística» externa que correspondía al pabellón central que nos fue asignado: limpieza, cocina, calefacción, lavandería. Como es fácil suponer, era la cocina el «sector» más delicado. Frente a algunos que ponían a prueba nuestros estómagos, Miguel era uno de los más prestigiosos cocineros y en general uno de los más expeditivos para sacar adelante los temas prácticos de cada día. Yo sólo alcancé el cargo de responsable de la calefacción.

También la uniformidad de vida del grupo se rompió, y así algunos compañeros salían a trabajar fuera de casa en labores manuales, otros adelantaban cursos en la universidad civil, otros se desplazaban al barrio de Pizarrales... Recuerdo la soltura de palabra y de hechos con la que dos novicios vendían pescado en el mercado de abastos a pocos metros de la plateresca Plaza Mayor salmantina, cuando, como perfectos desconocidos, nos

acercábamos a tantear la calidad y precios de las sardinas o el chicharro, únicas posibilidades de un presupuesto parco más por ideología que por sano sentido de la pobreza religiosa. La sotana y el fajín los fuimos poco a poco guardando en el baúl de los recuerdos, junto a otros clásicos ropajes y aditamentos, no sin antes posar en una foto histórica que Miguel conserva entre sus preciados recuerdos, en la que él está situado en el centro del grupo, en pose de «grave y reverendo Padre», sin que le faltase ningún detalle (manteo, bonete...) y con las manos modestamente cruzadas sobre el pecho. Era un día de frío y nieve en Salamanca, de esos que ponían a prueba mi humilde cargo de calefactor.

2. LA AVENTURA MADRILEÑA

Madrid era el destino entonces habitual de un joven jesuita tanto para los estudios de filosofía como de teología, pues allí se había trasladado la Universidad Pontificia de Comillas, abandonando la histórica sede cántabra. Decisión compleja y arriesgada, pero con visión de futuro.

En la práctica Miguel Juárez y yo vamos a pasar en Madrid gran parte de la década de los 70, con la excepción del lapso de tiempo entre la filosofía y la teología, que llamamos etapa del «magisterio» que precisamente realizamos en el mismo lugar, Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en León, aunque en años sucesivos.

Haber vivido en Madrid en aquel tiempo fue todo un privilegio. Madrid era la encrucijada visible de los esperanzados eventos y transformaciones relacionados con el final del franquismo, la aprobación de la Constitución, la transición política y el comienzo de la democracia.

No sé si empujado por la vocación sociológica de Miguel o sencillamente por la curiosidad juvenil, el caso es que disfrutábamos todo lo cerca que podíamos de aquellas incidencias. Nos gustaba bajar a la calle, y captar los movimientos y gritos de «*la inmensa mayoría*» que diría el poeta. Percibir el riego de las primeras manifestaciones, las contundentes carreras de los «grises» a caballo, las reivindicaciones de alguna asamblea universitaria... Verlo de cerca, pero procurando tener la retirada cubierta.

Por otra parte, en el ámbito de la Compañía, estaba la novedad de los «pisos» como enclaves comunitarios, novedad llena de buenas intenciones y de valores formativos que buscaban abrirse a la realidad, aunque no siempre se acertase. Es cierto que hubo extremismos y errores y que la sombra de algunos árboles, no dejaban ver la luz de todo el bosque. Pero afirmo con total convicción que la mayoría de los estudiantes jesuitas de aquel entonces

vivimos una experiencia muy positiva, ayudados por unos superiores que iban haciendo camino al andar. Todos juntos aprendimos que la formación no tenía que aislarnos en una falsa torre de marfil, que había que aprender a ser vecinos de la gente sencilla, que el joven jesuita no es un hijo de papá rico al que se le dan todos los medios, que beneficia saber lo que cuestan las cosas, que la vida austera fomenta principios de solidaridad, que la convivencia nos hace más hermanos. Y que Dios se hace presente de mil modos y con mil sorpresas, en medio de nuestras inevitables incertidumbres.

No era sólo Madrid, ni sólo España el escenario de una situación convulsa de la Compañía. Fue algo universal, aunque entre nosotros hubo algunos núcleos de especial beligerancia. Hoy, con la perspectiva de los años pasados no dudo en subrayar que la Compañía que renace de aquella compleja fase histórica fue una Orden con nuevos horizontes en sus prioridades apostólicas asumidas desde la fidelidad a la espiritualidad de San Ignacio de Loyola, que no se adelantaba al Espíritu, pero se dejaba guiar por Él.

En alguna de estas comunidades coincidimos los dos. Cuando no era así, junto con otros amigos inolvidables, nos veíamos con mucha frecuencia. Frente a otros compañeros más beligerantes y revolucionarios, Miguel optaba por equilibrar la seriedad en el estudio, con la distensión pacífica. Y como es propio, los afines nos apuntamos al mismo tren. No teníamos muchos recursos, pero los sabíamos administrar para que no faltase alguna cena por discretos mesones bien provistos de los productos de tierra y mar de mi Galicia natal, o para lograr alguna entrada para el teatro o para algún espectáculo musical, lo mismo de fama universal que del más puro sabor hispano, incluida la copla y el cante jondo (eran años de gloria en el repertorio de nuestros «clásicos» más populares), aunque en alguna ocasión de mayor carencia tuviésemos que echar manos de las entradas económicas de la denominada «clac» que nos comprometían a adelantarnos unos segundos a los aplausos.

3. UN JALÓN FUNDANTE

El 30 de junio de 1979, Miguel fue ordenado sacerdote en la capilla del Colegio Menor que la Compañía tenía en Zamora, Colegio que por desgracia, como Provincial de Castilla, me tocó cerrar en el año 2000. Pero retomemos la alegría. Por aquellos días la ciudad del Duero celebraba las fiestas patronales, que entre otras tradiciones cubría sus calles con alfombras no de flores, sino de espectaculares ristras de ajos, custodiadas por hombres y mujeres engalanados con ricos trajes regionales. Pero lo que no puedo olvidar es que mientras el Sr. Obispo le imponía las manos al nuevo presbítero,

momento central del rito, por la calle pasaban bandas musicales y charangas con un ruido atroz pero armonioso, como si, conociendo sus gustos, le quisieran brindar un concierto de populares «pasacalles».

Jornada imborrable para Miguel, acompañado de tantos amigos, pero sobre todo acompañado por sus padres y por sus numerosos hermanos y sobrinos. Una gran familia castellana, que se sentía orgullosa de su hijo más joven, una familia forjada en los valores del trabajo y del cariño, a la que él también regaló muchas atenciones y desvelos.

Y para cerrar el capítulo zamorano, decir que allí volvimos durante varios veranos un grupo de jóvenes jesuitas, entre los cuales estaba Miguel, para dar clases de recuperación a alumnos de diversos colegios de la Compañía de toda España, que después del fracaso de junio, aspiraban al milagro de septiembre. Un peculiar claustro de profesores y un peculiar alumnado, poco distanciados en la edad y menos en la jovialidad y alegría. El trabajo era agotador, porque el terreno no era demasiado poroso y fértil. Sólo a la noche, cuando suponíamos que los alumnos dormían, unas frescas sandías reparaban el calor de la jornada, mientras nos comunicábamos las incidencias diarias. No éramos expertos pedagogos, pero teníamos una fe capaz de mover montañas y los milagros de septiembre abundaban.

4. COMILLAS, ETAPA DE LARGO RECORRIDO Y CON PASO FIRME

A lo largo de los 80 el P. Miguel Juárez se prepara con constancia, ya en Madrid ya en Estados Unidos, para la misión que le fue dada por los Superiores en la Universidad Pontificia de Comillas, una misión que requiere calidad y «*hombres bien formados, que puedan entender la realidad con profundidad de corazón y amplitud de mente*», como ha recordado nuestro actual P. General, Adolfo Nicolás, en carta enviada a toda la Compañía (2009).

Trayectorias apostólicas distintas, las que ambos vamos a recorrer, pero siempre unidos por la amistad humana, que es escalón básico para alcanzar la experiencia de la amistad espiritual.

Hubo otros amigos comunes, a los que la vida les fue llevando por otros derroteros, sin que eso haya supuesto menoscabo o interrupción de la amistad. Con gratitud menciono a Jesús Díaz de Terán. Las raíces de lo mucho y precioso que de modo natural, sencillo y sano habíamos convivido, no dejaba que la semilla se agostase, aunque en algunas ocasiones haya tenido que estar expuesta a aires más desérticos. Lo bonito es que hoy la planta sigue

en pie e incluso reforzada por la confianza y la madurez que supone el haber alcanzado ya una edad respetable.

En sus ya amplios años en la Residencia de Profesores de Cantoblanco, siempre Miguel Juárez ha hecho gala de un trato jovial y distendido con todos sus compañeros. En especial ha sido sensible y atento con aquellos más veteranos, de los que ha aprendido sabias estrategias de supervivencia y a afrontar con equilibrio lo mismo las glorias que las dificultades, sin perderse ni entre el humo de los inciensos ni entre las nieblas de las tormentas.

Con buen humor aquella comunidad recuerda las huellas que dejaron algunos señeros jesuitas que por las simpáticas connotaciones de su personalidad ayudaban a crear un clima de familia. Uno de ellos era el P. Clemente Fernández que a su bien comprobada cualidad académica, unía la de la meticulosidad y exactitud tanto en su vida ordinaria como en su etapa de vacaciones. Ni un asomo de cambio. Cada año se repetía el mismo programa. Y el que esto escribe, lo vio y da testimonio, al igual que da fe que Miguel, entre otros habitantes de Cantoblanco, es discípulo aventajado de esta escuela clementina.

Así, de hecho, cuando planificábamos algunas horas de asueto en mis frecuentes viajes a Madrid, «por motivos laborales», después de barajar muchas opciones, y en eso sí teníamos creatividad, al final se optaba por lo seguro, regresar sobre los pasos conocidos. Al modo más clásico, partíamos del punto «0» de la Puerta del Sol (y aún esta sana costumbre-manía sigue en vigor), para en invariables rutas buscar reposo y compartir la mesa y la conversación, ahora con un poco más de solvencia en los bolsillos, dentro de unos límites razonables. En aquellas tertulias tengo que destacar la discreción propia de Miguel, sin hurgar en temas o en preguntas que a mí me pudieran comprometer conforme a las responsabilidades de gobierno que desempeñaba en la Compañía. Era la hora de dejar a un lado preocupaciones y afanes para sencillamente charlar *como un amigo habla a otro amigo*.

El mismo e ignaciano afán por la «repetición» ocurría a la hora de programar las vacaciones del verano. Aunque sobre el mapa dibujásemos varios itinerarios, al final nos podía la fidelidad al lugar al que comenzamos a acudir desde que se abrió la casa de Calpe (Alicante), al inicio de los 80, donde Miguel, a pesar de haber nacido en San Agustín del Pozo (Zamora), en plena tierra de secano, era capaz tanto de aguantar horas sin fin en las templadas aguas del mar mediterráneo como de soportar sobre la arena el tórrido sol levantino.

Nuestro homenajeado siempre tuvo una notable capacidad de trabajo y sentido de la responsabilidad, sin echarse atrás ante las dificultades de la meta a alcanzar. A la Universidad de Comillas se dedicó en cuerpo y alma, como a él le sale del corazón y de la entrañas, sin medias tintas. Supo

conjugar la docencia y la investigación, con la entrega generosa a las funciones de gobierno y gestión que le fueron propuestas, dando siempre a sus colaboradores ejemplo de coherencia y lo que es muy importante, signos de confianza para juntos llevar una labor que está por encima de los intereses particulares con los que tantas veces se zancadillean quienes debieran remar en la misma dirección. Consciente de que en estos tiempos de sinergias, nada importante se puede conseguir sin unificar fuerzas, Miguel Juárez ha puesto en práctica uno de los pensamientos más repetidos por el P. General: «*Con la profesionalidad, el compromiso y la profundidad que tenemos en nuestros colaboradores laicos, los jesuitas podemos continuar soñando y marchar juntos hacia delante*».

5. NUEVO TRAYECTO EN COMPAÑÍA DEL DIOS PROVIDENTE

Los estudios y la universidad absorben todas las energías. Suponen mucha exigencia y mucho sacrificio. Se podría casi decir que en su virtud llevan la penitencia y la renuncia a otras dimensiones apostólicas y pastorales propias de la Compañía y del *mayor y mejor servicio*.

Por eso estoy seguro que a Miguel Juárez la jubilación de la Universidad le va a abrir a nuevas oportunidades. Así lo he ya percibido cuando, a los pocos días de ser oficialmente profesor «emérito», inicia en Salamanca un curso de formación permanente sobre temas de espiritualidad ignaciana. Una ocasión privilegiada para después de años de sobrecarga de trabajo, con todo el desgaste que ello implica, poder volver a gustar la frescura de las fuentes de las que nace la Compañía, disfrutar de tiempo de silencio y lectura reposada de documentos de nuestra historia y nuestro presente, reverdecer la llamada del «amor primero» y sentir interiormente que hay siempre segundas, terceras... llamadas, porque Dios pasa por nuestras vidas constantemente de forma nueva.

También en el campo de las ciencias sociales continuará ofreciendo variadas aportaciones, conforme a su reconocida competencia. Tiempo dorado para retocar escritos elaborados en otros momentos, para dar unidad a su obra intelectual, para ofrecer su contribución a proyectos que requieren su parecer desde las diversas Administraciones Públicas o desde el ámbito de las entidades o asociaciones privadas.

Cuando un jesuita, como es el caso que nos ocupa, después de tantos años de docencia, tiene que renunciar a su principal actividad, ello no implica que su misión haya finalizado, porque sabe, de acuerdo con nuestra espiritualidad, que la fecundidad apostólica no se identifica con la tarea o

trabaja que realizamos, como preciosamente se nos ha recordado en el Decreto 6 de la CG 34, *El Jesuita sacerdote: sacerdocio ministerial e identidad*.

Finalizo estas líneas con una cita de la misma Congregación General 34: los jesuitas «*no somos meramente compañeros de trabajo; somos amigos en el Señor*» (D. 6, n.11). La amistad fue piedra de ángulo para nuestros primeros compañeros en el momento fundacional de la Compañía. Y lo tiene que seguir siendo también para nosotros, la Compañía de Jesús de hoy. La amistad es un preciado don, que vence el riesgo de petrificar nuestros sentimientos y que abre nuestro corazón a muchas gentes, sin exclusiones, y a Dios, dador de todo bien.